
EL HOMBRE CREADOR

I. El hombre *extrae y recibe de sí mismo* la idea que se hace del amor y de la paternidad.– Mediante una *creación*, el hombre puede *asumir y dar sentido* a todo lo que le sucede.– Todo cuanto puede elevar al hombre por encima de su estado ordinario requiere una *creación* por su parte: de hecho se la exige para serle realmente útil.– El encuentro que hace del otro un prójimo exige también una *creación*.

Como los epígrafes indican, Légaut considera la *actividad creadora* del hombre en *cuatro campos*, para empezar: el amor y la paternidad, la cuestión del sentido, la manera de asumir lo que puede elevar al hombre en su camino, y el encuentro en profundidad con otro ser humano. Conviene leer estos desarrollos de Légaut relacionando esta *actividad creadora* con la *fe* que él ha presentado en capítulos anteriores.

1. Las realizaciones propiamente humanas del amor y de la paternidad no se descubren sino de forma progresiva y siempre incompleta. Brillan (...) en las fronteras de lo humano. Se vislumbran a través de la ambigüedad de los instintos (...). Paradoja (...) del carácter singular del hombre: estas llamadas nacen de su oscuridad y mutismo originales para hacerse en él luz y palabra. Clarifican su profundidad y la hacen fructífera. (...) Largamente preparadas en la espesura de su humanidad, estas llamadas surgen gracias a su iniciativa, sin ser simples consecuencias suyas (...). Bajo el efecto de este *trabajo secreto*, semejante a la acción de una *levadura*, el hombre entra poco a poco en la comprensión íntima del amor y de la paternidad.

(*) En este resumen del capítulo 5 de *El hombre en busca de su humanidad*, a veces ofrecemos tal cual los párrafos de Légaut, pero con algunas supresiones, en ocasiones extensas; otras, condensamos sus expresiones y, además, formulamos su idea de forma independiente; por último, algunas veces añadimos alguno propio con intención de aclarar el conjunto. Esta vez hemos alterado, además, el orden de las Secciones y ordenado los párrafos e ideas de forma que se puedan apreciar mejor los *seis ámbitos* de la actividad creadora que Légaut considera. D.M.

¡Extraña *fermentación!* (...). Su forma de vislumbrar el amor y la paternidad (...) evoluciona, perfeccionándose o degradándose con él (...). (...) En su orden propio, *esta visión del amor y de la paternidad tiene los caracteres específicos de la creación artística*. Sin destruir los impulsos oscuros y caóticos del hombre, les da un sentido humano de la misma manera que el artista humaniza la materia en bruto al darle una forma inteligible. Esta visión utiliza la opacidad y ambigüedad del amor y de la paternidad sin suprimirlas, de la misma forma que el artista pone de relieve las vetas del mármol e incluso saca partido de sus taras (...).

2. *El hombre puede asumir y dar sentido a todo lo que le sucede mediante una creación*. Los acontecimientos que le atañen directa y sustancialmente, las situaciones real o aparentemente definitivas que tiene que afrontar (...), así como los estados íntimos que se tornan suyos ineludiblemente por su propia evolución, pueden proporcionar al hombre la oportunidad de *creaciones análogas* [a las del amor humano y la paternidad]; oportunidad que a menudo es *exigencia* pues, sin estas creaciones, el hombre no asumiría verdaderamente esos acontecimientos, situaciones y estados.

Estas creaciones son las transposiciones y prolongaciones, en lo espiritual, de la facultad que permite al hombre *adaptarse* a las condiciones de su vida material y sobrevivir en ellas. También son actividades indispensables para su *acabamiento*. De este modo, sin dejarse invadir ni devorar por los *acontecimientos*, al menos definitivamente, el hombre consigue enfrentarse a ellos y mantenerlos a cierta distancia tanto si le asaltan por dentro como por fuera. En vez de padecerlos, los confronta consigo mismo en su recogimiento. Los acoge y se convierte en su señor. Se los apropia, dándoles nombre y significado. Les inventa un valor y les forja un objetivo que guarda estrecha relación con [sólo] su existencia y que, por lo mismo, sólo es exacto para él (...).

3. *Todo cuanto puede elevar al hombre por encima de su estado ordinario requiere una creación por su parte*. El hombre también se siente solicitado por una *actividad creadora* parecida cuando está ante una idea directa y exacta, ante una belleza pura, ante una armonía: entonces

(...), gracias a ellas, entra en el recogimiento del asombro y la admiración. (...) Si el hombre responde con todo su ser a esta llamada que viene de la profundidad y le insta en lo íntimo (...), estas solicitudes, las adapta a su nivel de humanidad, las recrea en él y para él, se las apropia más personalmente (...). En estos tiempos de *creación*, (...) ve lo real a través de la percepción de su propia existencia [y] comulga con la totalidad de lo creado que en este momento se le abre (...) especialmente (...). (...) Se apoya tanto en lo que él es que, pese a estar íntimamente unido al Todo en esta comunión, no se funde en él sino que permanece como un centro y conserva su propia personalidad.

4. Entre todas las llamadas que se pueden escuchar, ninguna ofrece una ocasión tan poderosa de crecer en la propia humanidad como la que surge de un *encuentro de calidad con otro ser humano*. ¡Singular descubrimiento, para quien se sabe incurablemente solitario, éste de entrever un ser distinto y sin embargo semejante (...)!

Por lo regular, el hombre sólo posee un conocimiento exterior del otro, válido únicamente para la vida práctica (...). No obstante, puede suceder que, gracias a la conciencia que tiene de sí y a través de lo que oscuramente es, en determinados momentos de luz, venga a él, de forma intuitiva y global, la percepción viviente de algún otro ser particular. Entonces, la relación con él cambia de naturaleza: de ser espectador se convierte en *testigo*. Ve al otro como otro sí mismo y desde dentro (...). *Por una actividad cuya iniciativa el hombre no posee del todo*, presiente su unidad en gestación (...). *Acción personal* en el más alto grado, esta comprensión del otro brota de un movimiento cuya sede y agente es el hombre, y cuya ocasión y meta es el prójimo.

Al tiempo que percibe al otro en las etapas de su íntimo crecimiento, el hombre escucha resonar también, como un eco, la llamada a ser que se le dirige a él personalmente. (...) *No hay nada* que confirme con más fuerza al hombre en su camino que la captación de sí mismo al captar en profundidad al otro. Esta *iluminación* espiritual no surge sólo de la sensibilidad ni de la imaginación aunque ambas intervengan. Tampoco es consecuencia de un conocimiento particularmente concienzudo. Nace principalmente de un *toque directo*

que ha unido a estos dos seres mucho más profundamente que una mera comunicación intelectual. Dicha iluminación puede brotar a partir de un simple encuentro que a veces parece insignificante (...). Además, esta íntima iluminación, puede falsearla e incluso obstaculizar totalmente cualquier información precisa pero sólo objetiva cuando ésta, por su minuciosidad y envergadura, oculta el ser del otro o distrae de sí (...).

El amor y la paternidad (...) crecientes permiten (...) esta *iluminación* excepcional. Hay también otros encuentros que brindan esta misma oportunidad; sin embargo, son relativamente escasos pues requieren una interioridad avanzada. (...) De hecho, el incremento de relaciones (...) no posibilita la comunicación auténtica de ser a ser; no conduce a la eficacia espiritual propia de un encuentro con otro (...). (...) Cuando, involuntariamente o no, el hombre se entrega a semejante inflación de relaciones, queda aislado en medio de la gente (...). Los otros, *en vez de habitarle, lo ocupan* (...).

IV. Los bienes humanos.- Estos bienes tienden siempre a degenerar.- Degeneran en observancias de costumbres y reglas.- Decadencia del hombre al que los bienes humanos ya no llaman.- Durante toda su vida, el hombre está dividido entre esta llamada y la presión de los determinismos.

Légaut termina su texto con una sección en la que ve al hombre y a los *bienes humanos* como obra de la *actividad de creación* que brota del interior. Sin embargo, el ser humano está siempre en medio de un combate o de una tensión *entre dos fuerzas antagónicas* cuyas dimensiones son casi físicas, más que morales, y por eso trágicas y abocadas al límite de lo inevitable e imposible.

El *crecimiento* que capacita al hombre para una actividad siempre más libre y original está continuamente acompañado, como el cuerpo por su sombra, por una *tendencia a recaer* en la pasividad y en la sumisión a los determinismos que dan al universo una relativa estabilidad pero que preparan su definitiva degradación a la larga. *Ambos movimientos se enzarzan en una pugna interminable*, sin que, en realidad, nunca, a veces a pesar de las apariencias, uno consiga acabar con el otro. Cuando surge la *actividad creadora*, la *inercia* del hom-

bre retrocede, pero llega a un punto en el que recibe, de los lastres del hombre, apegado a sus haberes y ciego respecto de su ser, una ayuda que le permite reiniciar el combate. Sin embargo, cuando parece que la fuerza de esa inercia está a punto de triunfar, un sobresalto vital libera al hombre del abrazo en el que sucumbía, y le devuelve el vigor por el que es capaz de reemprender la lucha y la ascensión hacia el ser.

Por un lado, está, pues, el *impulso creador* que crece, se mantiene o se levanta cada vez que decae. Pero, por otro lado, están los *determinismos*, la inercia, la entropía, la decadencia y la degeneración. Sin embargo, hay *un tercer elemento*, una *ayuda*, la única ayuda posible y adecuada: *el encuentro en profundidad con otro ser humano que recorre el mismo camino y que lleva ya un cierto trecho adelantado*. Veamos estos tres elementos.

1. Llamaremos “bienes humanos” a todos los bienes que el hombre *crea* en sus horas de luz, que extrae de sí mismo a partir del estímulo de situaciones y encuentros, y que le aportan *crecimiento* espiritual. Los distinguiremos de los bienes que el hombre *conquista*, de los que se alimenta y que acto seguido desecha (...).

Estos bienes no son humanos por su naturaleza sino por el *modo* como el hombre los *crea* para sí y responde a ellos. Así pues, conocerlos en abstracto, o ser su mero espectador, significa desconocerlos. Son humanos *mientras* el hombre se mantiene en el *estado íntimo* que le permite descubrirlos e *inventarlos* para él; estado que le instiga a interiorizarse progresiva e inacabablemente (...). Por *fideli-*
dad a lo que él ya ha creado, y de lo que se nutre, el hombre continúa *creando* los bienes humanos a base de poner las profundidades de su ser más en acto. Vitalidad íntima que no conoce el envejecimiento de la rutina sino la ligereza y la libertad en constante renovación; de tan en armonía como está con sus potencialidades humanas, a las que sin cesar descubre, despierta y pone en pie (...).

2. [Sin embargo,] los bienes humanos, aunque el hombre se esfuerce en mantenerlos en el nivel que les corresponde, tienden a *degenerar* en valores abstractos, comunicables a cualquiera en cualquier tiempo, poseídos como cualquier otro bien, vacíos de contenido espiritual

(...). Entonces, la esperanza puesta en estos bienes límite se degrada en voluntad de adaptarse (...) a los formalismos sociales (...). La *iniciativa creadora que surge de las profundidades del hombre e ilumina sus cumbrés* (...) cede el paso a la observancia común y superficial de leyes y de costumbres (...), *la obediencia dispensa de la fidelidad* y, en ciertos casos extremos, llega incluso a calumniarla acusándola de *subjetividad*.

Sometido, pues, en sus actos, pensamientos y deseos a normas perfectamente determinadas y abstractas, (...) el hombre ya no puede tener contacto con lo real en el plano de lo profundo. No lo sabe recibir más que a través de los juicios a priori impuestos por las normas. Situaciones y encuentros ya no penetran en el hombre. Desfilan ante él para desvanecerse enseguida. [Le] resbalan (...), ya no [lo] visitan (...), no despiertan en él el dinamismo creador para apropiárselos, en vez de sólo padecerlos. A lo más, le conducen a reacciones intelectuales y sentimentales que cualquiera podría tener, y a decisiones e iniciativas que cualquiera podría tomar.

Pertrechado por la ley y la costumbre de una técnica adecuada al bienestar, ignora que puede vivir más y mejor (...). Carece de riesgo y, por tanto, de devenir. Talento enterrado, no es nada ni tiene valor. *Pertenecer a la sociedad le importa más que ser*. Siente escrúpulos incluso ante cualquier forma de interioridad y ante todo lo que ésta implica de personal (...). Juzga a la interioridad como fuera de lugar y la tilda de individualismo. Siendo así que es capaz, al menos en potencia, de pertenecer a una comunidad y de participar en su existencia por lo que él es, se limita a ser un número en la colectividad (...).

Si no se empeña en reaccionar continuamente contra esta tendencia fatal, el adulto deja de ser *creador* y se convierte tan sólo en un *ejecutor*. Regresa al estadio humano de su nacimiento (...). En los años de la madurez biológica, este retorno a una segunda infancia es *infantilismo* pese a la forma docta o generosa que adopte (...). Propiamente, es una muestra de *senilidad* espiritual.

3. Estructuralmente, el hombre posee una vocación creadora (...). *El encuentro con un viviente* en busca de estos bienes humanos y ya encaminado hacia ellos *ayuda* al otro a presentirlos. En la mayoría de los casos, quizá un encuentro así sea la única circunstancia que nos per-

mita empezar a vislumbrarlos. Sin duda, la *presencia* de alguien así es necesaria para responder a ellos con mayor exactitud y no detenerse en su descubrimiento paulatino (...).

Masa capaz de recibir la *levadura* y de *fermentar*, masa rica pero pesada y espesa, amenazada de rigidez, de volverse dura como la piedra, ¿qué *fermento* podría levantar en el hombre la comprensión de lo que él es en potencia y darle los medios para llegar a ser él? ¿Qué *inspiración* podría hacer surgir en él la *invención* de lo que tendría que ser para ser, a fin de que, en su debilidad, tendiera a ello sin abatirse? ¿Qué fuerza podría hacerle llevar con constancia la *fe en sí* mismo, y soportar con dignidad su *carencia de ser*, de manera que, a través de ambas, presintiera el ser que en él se espera? Para que el hombre se descubriera a sí mismo en el límite de su clarividencia, y fuese fiel a sí mismo hasta el límite de sus recursos, ¿no tendrían que venir, esta inspiración y esta fuerza, de una *presencia* que lo hiciera presente a sí mismo?

II. El quinto ámbito donde actúa la «actividad creadora» afin a la fe es la *reflexión del ser humano acerca de su propio camino*. Légaut llama «*búsqueda humana*» a este tipo de reflexión, y la distingue de la «*investigación intelectual*» o científica.

1. Tanto la búsqueda humana como la investigación intelectual, se diferencian de la posesión de bienes ordinarios. Pero además *se parecen entre sí en algunos rasgos*. Los *tiempos* oportunos son imprecisos en ambas, a diferencia de la posesión de bienes ordinarios, posible *en todo momento* si se tienen los medios. Los *logros* y hallazgos son inciertos, tardan tiempo, llegan de improviso y a veces en circunstancias adversas. Además, ambas indagaciones dependen de la *iniciativa* del sujeto; tienden hacia un objetivo *ignorado*; exigen *esfuerzo* y perseverancia; tienen un camino *tanteante* y sinuoso; y esto genera *estados alternativos* de fervor y de sequedad en el sujeto.

2. Sin embargo, con independencia de estos rasgos parecidos, cada una de estas indagaciones ocupa su lugar en su propio orden y

por eso *son distintas y no son commensurables*. Sin embargo, tanto el clima cultural dominado por la ciencia como la *ideología* que proviene de ésta suelen propugnar o bien la *reducción* o bien la *infravaloración* de la «búsqueda humana», a la que tachan de “subjetiva”. Por eso Légaut, como si ambas fueran antagónicas en el mismo plano, afirma la índole particular de la «búsqueda humana» mediante el recurso de contrastarla con la «investigación intelectual».

3. He aquí los *elementos en que la búsqueda humana se diferencia de la investigación intelectual*, según Légaut.

(i) La principal diferencia entre ambas es que la búsqueda humana es *eminentemente personal* y singular tanto por su agente como por su objeto. En cambio, la investigación intelectual es abstracta y genérica, como las ciencias de la materia y de la vida, cuyos resultados son independientes del sujeto.

(ii) Aunque tanto la búsqueda humana como la investigación intelectual exigen *rigor* y *exactitud*, éstos son *diferentes*. La búsqueda humana exige el todo del ser humano; vale lo que vale la humanidad del buscador, incluido el *espesor* de donde ella emerge, que siempre queda opaco. Cualquier fallo en lo humano contamina la búsqueda e incluso a veces la falsea.

Un científico o un técnico, en cambio, puede ser eminente en su especialidad y no haber superado la adolescencia o ser aún infantil en algunas áreas de la vida. Y esto puede darse incluso en quien se dedica a las ciencias humanas. La investigación impersonal sobre un objeto exterior a él (el hombre y lo humano en general) es distinta de la búsqueda que el hombre concentra en y sobre sí, y que por eso es humana por partida doble.

(iii) Cuando ambas indagaciones llegan a su término, la diferencia entre sus resultados aparece. Los *resultados* científicos entran globalmente en el dominio de lo ya adquirido, y el *interés* del científico

por ellos disminuye o desaparece, tal como sucede con los bienes que se agotan con la posesión. El *recuerdo* apenas si puede revivir la pasión de la investigación pasada, a no ser que ésta recomience con otro objetivo. El científico reivindicará haber sido el artífice de dichos resultados si alguien se lo discute; lo cual indica que está vinculado a ellos sólo de forma externa.

En cambio, lo que hombre llega a vislumbrar de lejos al final de una búsqueda humana, aunque sólo sea por una vez, es llamada para *siempre* para él. Si el hombre mantiene una interioridad suficiente, conserva la intelección de esta llamada, y permanece listo para oírla y seguirla. Cuando se aleja de esta interioridad por la erosión de la costumbre o la rivalidad de alguna nueva atracción, lo captado no se pierde sin embargo; tan sólo es su percepción lo que se debilita; a no ser que él mismo reniegue de ello degradándolo.

(iv) El *trabajo en equipo* facilita la investigación intelectual pero aparta al hombre de la búsqueda humana. En cambio, el *encuentro entre dos seres* (y más si son de la misma familia espiritual) es una ayuda capital para ésta.

Aunque los descubrimientos intelectuales exigen casi siempre iniciativas individuales, el trabajo en equipo se hace cada vez más necesario por la complejidad de los conocimientos. Cuando se trata de lo humano de cada uno en cambio, ninguna colaboración ni comunicación en grupo es decisiva. Los intercambios sobre conocimientos impersonales estorban a la comprensión espiritual, siempre modesta y discreta, y cuyo ambiente predilecto es el silencio y el contacto en profundidad con uno mismo y con lo real, que es como se respetan los ritmos lentos y los plazos extensos de toda gestación e invención.

El encuentro en profundidad que ayuda a la búsqueda humana no tiene por qué ni ser largo ni repetirse. Más que incrementar el saber, alimenta las intuiciones. Hace que la comprensión sea más penetrante, rápida y aérea; y más por lo que ellos dos son que por lo que dicen o hacen. Espontáneamente ambos se reconocen y, acto seguido, entran

en comunión con toda llaneza. La sociedad no puede engendrar, organizar, extender ni dominar estas familias y linajes cuyos lazos son casi clandestinos (por incomprensibles, si no por inconcebibles, dados los parámetros habituales), e incluso para los interesados, ajenos y contrarios a todo tipo de esoterismo o de elitismo, por otro lado.

(v) Las búsquedas humanas son de suyo *independientes*; se ayudan de algunos encuentros, utilizan las adquisiciones del pasado pero no dependen de ello. Las investigaciones intelectuales, en cambio, *se suceden de forma encadenada*. Cada descubrimiento científico se da dentro de una serie, tras otros bien determinados. Por eso se dice que algunos científicos de valía han vivido o demorado demasiado pronto; o en un lugar y en circunstancias inadecuadas para ellos.

(vi) La *sociedad* ayuda a la investigación intelectual con sus demandas, circunstancias y organización. Pero la condiciona con sus necesidades y determinismos. En cambio, *sólo indirectamente es ocasión para las búsquedas humanas*. Aunque, por eso mismo, nunca puede eliminarlas. A diferencia de los descubrimientos intelectuales, un descubrimiento propiamente humano no depende de las coyunturas sociales y materiales, aunque no se dé sin su ayuda indirecta, que a veces consiste en suscitar una reacción en contra, como cuando dichas coyunturas son nefastas desde el punto de vista humano.

(vii) Las búsquedas humanas son *siempre precarias* pues no tienen el apoyo de la sociedad y tampoco la estabilidad y velocidad de las conquistas de las ciencias y de las investigaciones intelectuales. Hay que reemprenderlas sin cesar; y *son pocas las personas que, por fidelidad, hacen de este tipo de búsquedas el centro de su vida*. El número reducido de los buscadores contribuye además a que estas búsquedas lleven retraso con respecto a las necesidades de su época. Las búsquedas humanas surgen de una iniciativa siempre rara y singular, amenazada y evanescente. Y, sin embargo, no hay búsquedas más necesarias y urgentes una vez resuelta la vida material.

III. La «actividad creadora» interviene asimismo en el desarrollo de una tradición (sexto ámbito para Légaut). Gracias a esta actividad afín a la fe, el hombre convierte algunos elementos del pasado en *tradición espiritual* para él, y él se convierte a su vez, por eso mismo, en eslabón de dicha tradición.

La actividad de creación en el ámbito de la tradición espiritual no es fácil sin embargo. La forma de estar entre el pasado y el futuro, en el presente, es materia de creación. Para penar con precisión el marco de la actividad creadora en este ámbito, Légaut *distingue* entre el «monumento» de las ciencias y de las otras actividades que los humanos descubrieron y levantaron, a lo largo del tiempo, para vivir, y los *textos* que contienen el testimonio de las *obras* que son fruto de la reflexión de cada ser humano sobre su propio itinerario, que es a lo que Légaut llama *búsqueda humana*.

La diferencia fundamental está, según Légaut, en que el saber acumulado por generaciones de científicos e investigadores no se pierde sino que, en el peor de los casos, se conserva almacenado e inerte en las bibliotecas, hasta que de nuevo interesa socialmente prolongar las líneas de conocimiento detenidas. En cambio, no sucede así con las obras que nacen de la búsqueda humana y transmiten experiencia.

Éstas no se conservan sino que ven decaer su vigor indefectiblemente si no renacen en otras obras, surgidas de otras búsquedas. Por eso cada ser humano debe recrear para sí estas obras y no basta con una reactualización genérica de las mismas. Ahora bien, para llegar a las *búsquedas* humanas de los antiguos y comprender sus *obras*, hay que hacerlo a través de los *textos*; y, para ello, no basta la actividad creadora de quien se enfrenta a ellos, quiere captar su espíritu y alcanzar la obra y la búsqueda humana que ellos contienen. Hace falta que, durante este proceso, los textos lleguen a al hombre dentro de una tradición viva, aunque ésta sea débil, o aunque ésta tan sólo provoque en él una reacción crítica que le suscite, inicialmente una pregunta o un rechazo.

Las obras maestras que nacen de esta búsqueda, una vez separadas del clima en que fueron vividas y creadas (...), tienden ineludible-

mente a *petrificarse*. Sin duda, por la gracia de su origen, siempre están abiertas a una *resurrección*, pero ello es en vano si no encuentran un *taumaturgo*. [Es más,] por su acumulación, levantan un edificio difícilmente utilizable en el mismo nivel en que fueron creadas, único en el que son realmente auténticas. Las obras maestras *engañan fatídicamente* a quien no posee una *humanidad suficiente*. Los *textos* literalmente mejor conservados *no se bastan a sí mismos* para mantener vivas esas *obras*, en su frescor y su poder irradiante (...). Al contrario, si los *textos* adoptan una importancia excesiva, en vez de servir a estas *obras*, las momifican y traicionan. Intentan mostrarlas pero en realidad las ocultan. Distraen (...) la atención y comprensión, necesarias para *vislumbrar la veta creadora de estas obras* (...). Sus lectores no podrán percibir las con todo el vigor de su manar si, con la excusa de conocer los textos con precisión, no se esfuerzan en acceder, por sí mismos y para sí mismos, a la *experiencia* espiritual correspondiente, que sólo es posible alcanzar mediante una *vida vigorosa, inspirada por una búsqueda y creación análogas* (...).

Un *obstáculo mayor* en este camino es *el carácter sagrado* que se atribuye a veces a los textos antiguos. Dicho carácter no los hace humanamente útiles de forma automática, antes al contrario. Pertenecer a un pasado venerable, haber sido «la carta magna religiosa que ayudó a pueblos enteros a alcanzar un cierto nivel de civilización y de espiritualidad», paraliza y lleva a la devoción, la idolatría y la escrupulosidad literal, pero no invita a la fidelidad inteligente que surge de una reflexión adulta.

El carácter sagrado atribuido a un texto tiende a instalar al hombre en la certeza, a expensas de la integridad del espíritu y de la autenticidad; lo suele conducir a una falsa seguridad, basada en la comodidad; y le induce a creer que un pensamiento independiente y crítico es una forma de profanación, cuando es lo contrario.

Entonces, *lo universal* que hubiera transmitido el texto permanece oculto cuando no perdido bajo formas y normas envejecidas e inadecuadas para otros tiempos que el de su redacción. Por eso, es esencial una *tradición personal*, activa y directa, de unos seres a otros, pues

los textos solos no bastan para transmitir lo más inestimable y univesal de las obras propiamente humanas.

A diferencia de lo que ocurre con los logros intelectuales normales, que pueden transmitirse intactos y con provecho por los libros solos, que se pueden encontrar en un anaquel de una biblioteca (lo cual no excluye la ayuda inicial de un profesor que introduzca en ellos); los textos de las búsquedas humanas no bastan solos porque, a decir verdad, nunca lo están. O bien están reclusos dentro de un colectivo que los venera como un depósito que en el fondo no entiende, o bien pasan de mano en mano entre aquellos que saben comprenderlos porque son conscientes que su propia vida forma parte del “libro” que hay que leer.

Esta tradición exige estar en un nivel espiritual y en una línea de inspiración semejantes a las fueron el origen de aquellas obras que ellos reconocen que brotaron de una búsqueda humana. No basta una simple repetición literal, objetivamente exacta e incluso penetrante. Tampoco basta una simple renovación de la expresión, hecha con intención didáctica y divulgadora. Esta tradición exige nuevas creaciones que retomen, profundicen, desarrollen y prolonguen las creaciones anteriores, que fueron las que hicieron posibles aquellas obras y aquellos textos.

La enseñanza no sustituye este tipo de tradición. Puede ser ocasión para ella en un plano más profundo, pero puede ser también ocasión de engaño pues puede parecer, a quienes no conocen lo que es una auténtica tradición, que con ella ya basta. Los profesores en cuanto tales no son eslabones de auténticas renovaciones o nuevas creaciones. Los *comentarios* que genera la enseñanza difícilmente alcanzan el plano de la creación. Más bien se acumulan en torno a los textos y los remplazan. Con el pretexto de explicarlos, de darlos a conocer y de extraer de ellos conclusiones importantes, sólo los repiten.

Prevalece entonces la mediocridad y, en todo caso, un trabajo de precisión y de sistematización que muchas veces, más que mostrar, oculta las líneas maestras más inspiradoras de la obra. Aunque la ense-

ñanza puede evitar estos desvíos (peor es cuando hay quien utiliza los textos en contra de su mismo espíritu), no le corresponde a ella la irradiación propia de una creación renovada, que sólo puede brotar, viva como el primer día, del ser de los hombres.

Por eso no es bueno leer prematuramente los textos que contienen el testimonio de las obras que fueron fruto de las búsquedas humanas anteriores. Éstos, en el mejor de los casos, deberían aportar, sobre todo, una *confirmación* a lo que el hombre ha vivido y reflexionado e incluso escrito para sí (para pensar mejor) previamente.

De lo contrario, las obras del pasado, fruto de la búsqueda humana, pierden sin remedio su vigor con el paso de los siglos. Y la tradición espiritual puede no sólo *empobrecerse* sino *perdersé* e interrumpirse. No hay progreso espiritual que esté adquirido irreversiblemente, tal como sucede con los adelantos científicos.

En estos casos, cuando las espiritualidades más elevadas, porque una tradición viva no las reinventa sin cesar, se oscurecen y degradan, sólo se las puede redescubrir *luchando contra* aquello en lo que se han convertido. Entonces es cuando más se necesitan unas búsquedas que *partan directamente de nuevo de la base misma de la realidad humana*; búsquedas que, a menudo, se llevan adelante en *aparente oposición* con la herencia que, en el fondo, quieren renovar.

Sólo si el hombre redescubre por sus propios medios el mensaje enterrado en el silencio y la oscuridad de los siglos, es capaz de reconocer, bajo una rancia expresión, la *excepcional grandeza* de las obras del pasado cercanas a su orientación espiritual. Encuentra en ellas una *confirmación inestimable* de lo que él capta en su profundidad por su propia búsqueda. El espíritu de aquellas obras antiguas estaba vivo en él cuando éstas aún estaban ocultas para él y le parecían definitivamente superadas. Indirectamente, *este espíritu era el que le inspiraba* cuando reaccionaba contra las caricaturas, las desviaciones y los abusos de las mismas que los textos permitían. Este espíritu se escondía también en el fervor, mal planteado pero sincero, que le impulsaba a buscar en direcciones engañosas.

Cuando, por su actividad creadora, el hombre reencuentra estas obras después de haberlas rechazado antaño, descubre (...) la permanencia y fecundidad ilimitadas de la llamada que las suscitó, y que él mismo ha escuchado y seguido. *Maravillado*, comprueba que, a través de múltiples tiempos y lugares, *una misma acción se despliega*, bordea obstáculos, salva distancias, siembra y fertiliza todas las posibilidades humanas, ¿para qué misteriosa cosecha? (...) *Finalidad inconcebible* pero que debe de estar singularmente arraigada en la cepa humana si ejerce (...) tan permanente *atracción*.